

# DIALÉCTICA, CIENCIA Y METAFÍSICA EN ARISTÓTELES

JOSÉ MIGUEL GAMBRA

Showing the importance of art dialectic to science is attempted in this article, at the same time a confusion between them is avoided. To this aim first, a brief vision of the characters of science is offered. Then, the essentials characters of dialectic and its divers uses are examined. As a conclusion, it tries to bring to light how the dialectic technique, without giving scientific knowledge at all, is an essential scientific tool.

## I. INTRODUCCIÓN.

La filosofía moderna, desde Descartes, ha entendido que la ciencia se da en un sujeto, individual o transcendental que, ajeno a todo avatar psicológico e histórico, se enfrenta a solas con el objeto, de manera que las opiniones y autoridades, que rodean vitalmente al científico, en nada contribuyen a la ciencia propiamente dicha y no sirven más que de obstáculo o escándalo para su desarrollo.

En nuestros días, buena parte de la filosofía de la ciencia, consciente de que la gran mayoría del saber es recibido, tiende a convertir la ciencia en producto social y práctico. Y así la ciencia intemporal del sujeto solitario se ha convertido en mudable sucesión de paradigmas dependientes de la comunidad científica y de los intereses técnicos.

Los aristotelizantes, permeables como todo humano a las tendencias de su época, han destacado, a lo largo de los siglos, lo que les ha parecido más propicio del Estagirita. Y así los modernos, al estudiar la argumentación apenas si prestaban atención a los *Tópi-*

cos, para ocuparse con preferencia de los *Analíticos*<sup>1</sup>. Probablemente, a tal olvido haya contribuido la mencionada idea de la ciencia del sujeto conocedor en solitario de la naturaleza, pues, en cierto modo, coincide con la perspectiva inductiva y deductiva de dicha parte del *Organon*. En cambio, hoy, una poderosa corriente ha dado tal importancia al uso dialéctico de las opiniones y autoridades, que ha hecho de la dialéctica la más genuina aportación metodológica de Aristóteles, e incluso el fundamento de su filosofía y de su ciencia<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> La omisión de la dialéctica en general, y de su uso científico en particular, es notoria incluso en tratados de tan justo renombre como el de Gredt, que se limita a exponer en tres páginas la disputa dialéctica y a decir, en dos líneas, que el silogismo dialéctico “se ordena a la investigación de la verdad”; I. Gredt, *Elementa Philosophiae Aristotelico-thomisticae*, Herder, Barcelona, 1961, t. I, 86-88 y 75.

<sup>2</sup> Ya en 1951 señalaba Weil que “no es la analítica sino la dialéctica la que, haciendo uso del silogismo, investiga los principios y desciende hasta los datos de la experiencia [...] los tópicos son una búsqueda comunitaria de la verdad, mientras que los analíticos son la presentación de la verdad descubierta en un orden lógicamente hermético”; E. Weil, “The place of Logic in Aristotle’s Thought”, en J. Barnes / M. Schofield / R. Sorabji (eds.), *Articles on Aristotle*, n. 1, Duckworth, London, 1975 (originalmente publicado en *Revue de metaphysique et de morale*, 1951, 56), 107. La inclinación a interpretar que la dialéctica es, en la teoría y de hecho, el único método de la metafísica, se acentúa en Aubenque y en Berti. Así, el primero, más preocupado por hacer de Aristóteles un precedente de Kant que por entenderlo en su coherencia interna, cree que el uso de la dialéctica en metafísica da pie para concebir la investigación del ser en cuanto ser como la apertura de un espacio por encima de las ciencias, que es condición transcendental de su posibilidad, y en el cual no puede darse sino la investigación a tuestas de problemas insolubles (E. Berti, “La dialectique chez Aristote”, en *L’attualità della problematica aristotelica*, Editrice Antenore, Padua, 1970, 31; P. Aubenque, “La notion aristotélicienne d’aporie”, en *Aristote et les problèmes de méthode*, Éditions de l’Institut Supérieur de Philosophie, Louvain-la-Neuve, 1980, 19). En este último artículo, Aubenque parece extender el carácter fundamentalmente dialéctico a las ciencias particulares: “No se puede distinguir en Aristóteles entre dialéctica e investigación: la investigación es ella misma dialéctica” (11 y 4; véase E. Berti, 76-77).

En estas páginas me propongo exponer, de forma general, qué era a ojos de Aristóteles la dialéctica y qué papel le otorgaba por relación a las ciencias particulares y a la metafísica. De ello resultará que, si es incompleta la visión del saber sólo demostrativo, no lo es menos concebir la filosofía y la ciencia como confrontación nunca definitiva de opiniones.

Empezaré por resaltar unas características especialmente importantes para nuestros fines, tanto de las ciencias particulares como de la filosofía primera; luego trataré más ampliamente de la dialéctica y su diversidad de usos, para terminar viendo lo que ésta, como método de investigación, aporta a aquellas y el alcance limitado de tal aportación.

## II. LAS CIENCIAS PARTICULARES.

La ciencia no tiene, para Aristóteles, ningún género de existencia supramundana: no pervive independiente en ninguna otra dimensión celeste u objetiva, ni existe en ningún sujeto supraindividual. Es, al contrario, un ser de nuestro mundo que, como lo blanco, se da o está en ese sujeto individual que es el alma<sup>3</sup>. Y aunque la ciencia sea un estado bastante estable del alma, no es eterno e inmutable, sino que puede perderse, bien porque el sujeto desaparece, bien porque desaparece la cosa conocida, bien por olvido o enfermedad<sup>4</sup>. El ser de la ciencia pertenece, por tanto, a lo que comúnmente se han llamado los accidentes, en el sentido predicamental de la palabra. Más concretamente se inscribe, de una parte, entre los hábitos, que son una clase de cualidades y, de otra, dentro

<sup>3</sup> τίς γραμματικὴ ἐν ὑποκειμένῳ μὲν ἔστι τῇ ψυχῇ; Aristóteles, *Cat.*, 2, 1 a 25.

<sup>4</sup> Aristóteles, *Cat.*, 8, 8 b 31; *An. Post.*, 1, 6, 74 b 32.

del conocimiento que es una relación y es género, a su vez, de la ciencia y de la opinión<sup>5</sup>.

Los partidarios de la concepción dialéctica de la ciencia, a los que nos referíamos arriba, tratan de determinar los caracteres esenciales de la ciencia para Aristóteles prescindiendo de sus propias reflexiones sobre lo que la ciencia es y recurriendo, en cambio, al análisis de sus obras científicas. La razón que para ello aducen es la disparidad entre lo que Aristóteles dice sobre la ciencia y lo que se halla en dichos tratados. La exposición de la ciencia parece que, siguiendo al propio Estagirita, debería ser una sucesión de razonamientos o silogismos, apoyados en los principios propios de la materia de que se trate. Sin embargo, en tratados como la *Física* y la *Metafísica*, numerosas tesis parecen mantenerse sobre la autoridad o la refutación de opiniones ajenas y sobre la confrontación de tesis opuestas, a la par que frecuentemente reconoce Aristóteles la insuficiencia de los resultados por él mismo obtenidos. Más, como todo esto se aparta grandemente del concepto de ciencia que Aristóteles ofrece explícitamente en los *Analíticos*; piensan estos autores que su auténtica noción de ciencia y filosofía se ha de buscar, no en dicha obra, sino en sus tratados científicos. Para lo cual recurren al examen de los procesos seguidos, de hecho, por Aristóteles y dan la mayor importancia a las escasas reflexiones metodológicas que en dichas obras ofrece<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> No es cuestión aquí de dilucidar cómo puede la ciencia, que es una única cosa, formar parte de dos categorías. Pero Aristóteles parece admitirlo sin lugar a dudas: οὐκ ἐπὶ πάντων δὲ τῶν πρὸς τι ἀληθὲς δοκεῖ τὸ ἅμα τῇ φύσει εἶναι: τὸ γὰρ ἐπιστητὸν πρότερον ἢ δόξειε τῆς ἐπιστήμης εἶναι; *Cat.*, 7 b 22-24. ἐν μὲν οὖν εἶδος πιότιτος ἕξις καὶ διάθεσις λεγέσθωσαν. διαφέρει δὲ ἕξις διαθέσεως τῷ πολὺ χρονιώτερον καὶ μονιμώτερον εἶναι. τοιαῦτα δὲ αἱ τε ἐπιστήμαι καὶ αἱ ἀρεταί; *Cat.*, 8, 8 b 26. Quizás esto sirva para distinguir dos perspectivas en la teoría aristotélica de la ciencia: la que aparece en el *De Anima* (II, 417b23; III, 6-7), que consideraría la ciencia como uno de los hábitos o disposiciones del alma y la de los *Segundos Analíticos*, que la consideraría como ser relativo a la cosa conocida. Pero esto no es más que una hipótesis.

<sup>6</sup> P. Aubenque, "La notion aristotélicienne d'aporie", 3-4.

Semejante proceder no nos parece, sin embargo, adecuado por dos razones. Primero porque, a ojos de Aristóteles, cabe tener sobre la misma materia tanto opinión como ciencia. Podemos suponer que tratados como la *Física* contienen los conocimientos de Aristóteles al respecto, pero nada nos asegura que contengan ciencia, ni menos aún que sólo ése sea su contenido. Nada tendría de incoherente que el conocimiento de Aristóteles sobre un objeto de ciencia sólo fuera opinión, según su propia doctrina de la ciencia.

La segunda razón radica en que donde existe la ciencia es en el alma, no en los libros. Los libros de Aristóteles expresan el conocimiento científico u opinable de Aristóteles, pero parece claro que, además de expresar, intentan transmitir o producir ese conocimiento en el lector, de modo que incluye en sus obras científicas cuantas argumentaciones considera convenientes para obtener tal resultado, sean demostrativas o dialécticas. Si la consulta de otras doctrinas e hipótesis, o su refutación, le han sido de utilidad para hallar sus propias teorías, nada tiene de extraño que se las ofrezca al lector e incluso que en ocasiones se conforme con ello<sup>7</sup>. De hecho, como trataré luego de justificar, la índole de los razonamientos que Aristóteles acepta, en la teoría sobre la ciencia, y de hecho, es de muy variado valor. Que en sus obras se traten dialécticamente ciertos extremos no permite, pues, concluir que el método de la ciencia sea sólo dialéctico.

Todo esto explica que nuestra exposición de los caracteres esenciales de la ciencia trate de reflejar la teoría aristotélica de la ciencia, sin considerar directamente si sus obras científicas cumplen o no tales cánones.

---

<sup>7</sup> Suzanne Mansion ofrece una explicación muy sensata del papel que para Aristóteles tiene la consulta de los autores anteriores: "Le rôle de l'exposé et de la critique des philosophies antérieures chez Aristote", en *Études aristotéliennes*, J. Follon ed., Institut Supérieur de Philosophie, Louvain-la-Neuve, 55-76.

## 1. Los caracteres de la ciencia sin más.

Sabido es que la ciencia sin más (*ἐπιστήμη ἀπλῶς*) es la ciencia demostrativa (*ἐπιστήμη ἀποδεικτική*), que es la clase de saber del que Aristóteles se ocupa en los *Analíticos* (*An. Post.*, I, 22, 84 a 10). Sólo hay demostración, en el sentido más estricto, de lo que no puede ser de otra manera, y no de lo mudable y temporal, ni de lo accidental, ya que todo esto puede ser diferente a como es. De ello evidentemente se sigue que el silogismo es demostrativo sólo cuando tiene premisas además de verdaderas, necesarias y universales. La demostración, además, ha de partir de cosas anteriores o más conocidas absolutamente que la conclusión (*An. Post.*, I, 1, 71 b 29). Es decir, las premisas han de ser primeras, indemostrables, o demostradas a su vez desde proposiciones indemostrables. Dado que no cabe la demostración circular (*An. Post.*, I, 3, 72 b 18), ha de haber otro género de conocimiento mejor y más seguro en sí mismo que el demostrativo. Dicho conocimiento es el de los primeros principios<sup>8</sup>, de los cuales unos son propios de cada ciencia y otros comunes a todas o a muchas. Al final de los *Analíticos* Aristóteles afirma que ese conocimiento de los principios no puede ser innato, sino que debe ser adquirido por unas facultades ellas mismas inferiores al conocimiento de los principios (*An. Post.*, II, 19, 99 b 27 ss.). Su explicación viene sumariamente a decir que el conocimiento de los principios se produce por inducción (100 b 4), en la cual intervienen el conocimiento sensible de lo singular, el recuerdo, la experiencia y finalmente la intuición (*νοῦς*), único conocimiento más verdadero que el obtenido por demostración (100 b 11).

Sólo si el silogismo es correcto y las premisas cumplen todas estas condiciones, se puede conocer científicamente la conclusión. Pero con esto no basta, pues, además, ha de conocerse la causa de la cosa y que ésa es la causa de la cosa (*An. Post.*, I, 2, 71 b 9). He

<sup>8</sup> De los cuales puede decirse tanto que no hay ciencia (*An. Post.*, II, 19, 100 b 10) como que de ellos hay ciencia no demostrativa (*ἐπιστήμη ἀναπόδεικτος*; *An. Post.*, I, 33, 88 b 36; véase *An. Post.*, I, 3, 72 b 19 y 23).

dejado estas dos exigencias de la demostración para el final pues nos conviene tratar de ellas más por menudo.

a) *Las ciencias particulares son genéricas.*

Como acabo de indicar, un silogismo que sea de lo universal y necesario y que, en última instancia, tome pie en principios inde-mostrables, no siempre es una demostración, pues hace falta también que dé a conocer la causa de la conclusión, es decir, hace falta que parta de principios propios. En efecto, la ciencia sin más es cosa difícil de conseguir, pues, como dice Aristóteles:

“Es difícil saber si se sabe o no se sabe: y es que es difícil saber si conocemos o no a partir de principios propios de cada cosa, lo cual es precisamente conocer. Creemos que poseer un silogismo constituido por premisas verdaderas y primeras es tener ciencia. Pero no es así: lo que hace falta es que la conclusión sea del mismo género que las premisas”<sup>9</sup>.

Aquí Aristóteles señala, de forma general, lo difícil que es estar seguro de tener el conocimiento científico; pero además destaca como especialmente difícil una exigencia que hasta ahora no he señalado: que las premisas y, en última instancia, los principios de la ciencia sean propios, es decir del mismo género que la conclusión (*An. Post.*, I, 9, 75b36 ss.). Si no lo fueran, en efecto, cabría que se cumplieran todas las condiciones arriba reseñadas y que se partiera de premisas o principios anteriores y mejor conocidos, sin conocer por ello la causa de la conclusión<sup>10</sup>.

La razón por la que los principios han de ser propios está en que demostrar es hallar el medio adecuado, es decir el término que es la

<sup>9</sup> Aristóteles, *An. Post.*, I, 9, 76a25.

<sup>10</sup> Tampoco cabe esperar que se demuestre partiendo de principios comunes, dado que éstos sólo tienen un papel regulativo para el razonamiento y no pueden servir de premisas. No hay principios desde los cuales se pueda demostrar toda conclusión (*An. Post.*, I, 32, 88a30 ss.).

causa de que el predicado de la conclusión pertenezca por sí al sujeto. Y para ello es necesario que al medio pertenezca por sí el predicado y que al sujeto pertenezca por sí el medio. Mas, como los términos de un género nunca pertenecen por sí a los de otro, sino que, todo lo más, se predicán por accidente, dicho término medio deberá pertenecer al mismo género que los que constituyen la conclusión. No cabe, pues, usar los principios de una ciencia que verse sobre un género, para concluir la necesaria predicación de los términos de otro (*An. Post.*, I, 6, 75 a 28 ss. y I, 7; *Met.*, IV, 7, 1064 a 4), pues el silogismo resultante no haría conocer la causa.

b) *La ciencia es el conocimiento de lo necesario como necesario.*

Para que un silogismo pueda producir ciencia (ποιεῖν ἐπιστήμην) bastan seguramente estas condiciones; mas, para que se dé la ciencia en un sujeto, hace falta todavía que ese sujeto cumpla otra condición en su manera de poseer (ἔχειν) la demostración<sup>11</sup>. Esta condición, que es especialmente importante para nuestra argumentación posterior, se puede reducir a la exigencia de que el sujeto conozca las premisas de manera más firme (μᾶλλον) aún que las conclusiones (*An. Post.*, I, 2, 72 a 25-30 y 36). No basta, en efecto, que las premisas sean causas de la conclusión sino que, además, se ha de conocer que es así. Porque, aun partiendo de premisas demostrativas e incluso de principios indemostrables, y concluyendo correctamente, no por ello se alcanza la ciencia de lo concluido. Por eso hace falta que los principios sean conocidos mejor y más firmemente que la conclusión, y no de una manera inferior, como ocurriría si sólo se conocieran por autoridad, pues, entonces, la

<sup>11</sup> Esta distinción entre el silogismo productor de ciencia y la ciencia que produce se puede fundar en los textos siguientes: ἀπόδειξιν δὲ λέγω συλλογισμὸν ἐπιστημονικόν. ἐπιστημονικὸν δὲ λέγω καθ' ὃν τῷ ἔχειν αὐτὸν ἐπιστάμεθα; *An. Post.*, I, 1, 71 b 17. συλλογισμὸς μὲν γὰρ ἔσται καὶ ἄνευ τούτων, ἀπόδειξις δ' οὐκ ἔσται· οὐ γὰρ ποιήσῃ ἐπιστήμην [...] τὸ γὰρ ἐπίστασθαι ὧν ἀπόδειξις ἐστὶ μὴ κατὰ συμβεβηκός, τὸ ἔχειν ἀπόδειξιν ἔστιν; *An. Post.*, I, 1, 71 b 23-29.

conclusión sería conocida sólo de esa manera inferior y no por conocimiento científico.

La ciencia versa sobre lo necesario, pero no porque lo conocido no pueda ser de otra manera es conocido como necesario, sino que puede ser objeto tan sólo de opinión, es decir, ser conocido como si pudiera ser de otra manera (*An. Post.*, I, 33, 89 a 10-89 b 7). Y lo mismo, sin duda, ocurre con los primeros principios que son en sí mismos, o para la naturaleza, lo más conocibile; pero para que produzcan ciencia han de ser actualmente más conocidos que la conclusión. Aristóteles considera, en efecto, que la opinión acerca de lo necesario y la ciencia pueden fundarse en exactamente los mismos razonamientos, haciendo uso de los mismos términos medios, y desde los mismos principios inmediatos:

“El que sabe y el que opina van juntos a través de los <términos> medios hasta llegar a las cosas inmediatas, de modo que si aquél realmente sabe, también el que opina sabe. Pues si es posible opinar sobre el qué, también lo es sobre el por qué, y éste es el medio”<sup>12</sup>.

Pero el conocimiento que se alcanza en ambos casos no es el mismo, pues si se captan las cosas inmediatas (los principios) “tal como se captan las definiciones, por medio de las cuales se hacen las demostraciones”, se tendrá ciencia y no opinión. Si, por el contrario, se conocen “no con arreglo a la esencia y a la especie” (ὄυ κατ’ οὐσίαν καί κατὰ τὸ εἶδος), entonces no se tendrá ciencia, sino opinión (*ibid.* 16-22). De ello resulta que tanto la opinión como la ciencia pueden concluir por los mismos medios lo mismo, por ejemplo, la proposición “el hombre es animal”. La ciencia, sin embargo, conoce que animal se dice de hombre esencialmente, i. e., exactamente en cuanto tal (ὄπερ ἀνθρώπου), mientras que la opinión conoce que el hombre es animal, sin llegar a captarlo así. Ambos conocen lo mismo, porque conocen al mismo hombre, pero no de la misma manera<sup>13</sup>.

<sup>12</sup> Aristóteles, *An. Post.*, I, 33, 89a 13-16.

<sup>13</sup> τὸ αὐτὸ γὰρ ὅτι ἀνθρώπος, τὸ δ’ ὡς οὐ τὸ αὐτό, *An. Post.*, I, 33, 89a 36.

La diferencia entre la ciencia y la opinión es, sin duda, de índole material, pues si la ciencia sólo versa sobre lo necesario, la opinión puede tener cualquier cosa por objeto, incluido lo que es objeto de la ciencia (*An. Post.*, I, 33, 89 a 12). Pero la diferencia consiste también y principalmente en la manera en que se posee el conocimiento pues “la opinión es insegura (ἀβέβαιον) y tal es su naturaleza” (*An. Post.*, I, 33, 89 a 5), mientras que “es necesario que el que sabe sin más (ἐπιστάμενον ἀπλῶς) sea incommovible en su convicción (ἀμετάπειστον)”<sup>14</sup>. Lo que el conocimiento científico añade a la opinión acerca de lo que no puede ser de otra manera es que, al estar basado en principios primeros y propios, conocidos de manera más firme que la conclusión, capta lo necesario como necesario y no sólo como plausible.

## 2. Rigor y laxitud en la demostración.

Dada la rigidez de las condiciones apuntadas, la posesión de la ciencia es cosa tan difícil de alcanzar, que sólo parece poderse aplicar a las ciencias matemáticas. De ahí la ya mencionada observación de algunos, según la cual, si tal debe ser la ciencia, Aristóteles mismo se hallaba bien lejos de ella en sus más importantes escritos científicos.

Este tipo de observaciones pueden cometer la falacia *ad hominem*, si no se tratan con cuidado: una cosa, como ya he indicado, es la teoría de la ciencia de Aristóteles y otra la ciencia que él poseía. Pero, además, debe tenerse en consideración que lo presentado hasta aquí no es sino la ciencia en su sentido más riguroso y sería

---

<sup>14</sup> *An. Post.*, I, 2, 72 b 3. Es, por tanto, incorrecto distinguir, como a veces se ha hecho, el silogismo dialéctico del científico porque uno trate de lo probable y otro de lo necesario. V. gr., W. M. A. Grimaldi, “The Aristotelian Topics”, *Traditio*, 1958 (14), 2-3, a cuyo juicio los *Tópicos* son la metodología “del área de lo problemático, lo probable y lo contingente”.

una simplificación pensar que, incluso en la teoría, toda ciencia alcanza, a sus ojos, el mismo grado de exactitud:

“De las ciencias [...], cada una toma, en cierta manera, por objeto en cada género la esencia y se esfuerza en dar sobre todo lo demás la demostración de manera más o menos precisa”<sup>15</sup>.

Cada ciencia –dice el texto– estudia un género, para lo cual usa principios propios, como la definición, o expresión de la esencia de su objeto, y la existencia afirmada en los postulados, y hace demostraciones de precisión dispar. Ya hemos visto antes por qué cada ciencia ha de limitarse a un género, falta por entender la disparidad en el rigor, que no es ajena a tal limitación. Los géneros de cosas por los que las ciencias se especifican no se dan separadamente en la realidad, pues no hay cualidades sin cantidades ni substancias. Si bien es verdad que los géneros son realmente diferentes, su separación es obra del entendimiento. Éste, en efecto, ejerce una operación que se llama precisamente eso, separación (ἀφορίσεις), y que se lleva a cabo sobre los conjuntos mezclados de cosas sensibles y singulares, que se ofrecen en primera instancia al conocimiento (*Fis.*, I, 1, 184 a 21). Y así cada ciencia considera como separado lo que en realidad no lo está (*Met.*, XIII, 3, 1078 a 21-26) de lo cual resulta que cada ciencia examina un aspecto de las cosas:

“Pues así como hay muchos enunciados que consideran las cosas exclusivamente en cuanto se mueven, sin preocuparse de qué es cada una de tales cosas ni de sus accidentes, y de aquí no se sigue necesariamente que haya algo que se mueva separado de las cosas sensibles o que haya en éstas cierta naturaleza determinada y aparte, así también acerca de las cosas que se mueven habrá enunciados y ciencias, pero no en cuanto se mueven, sino tan solo en cuanto cuerpos, y, nuevamente, o bien sólo en

<sup>15</sup> Aristóteles, *Met.*, IV, 7, 1064a4.

cuanto superficies o sólo en cuanto longitudes, o en cuanto indivisibles dotados de posición, o sólo en cuanto indivisibles”<sup>16</sup>.

La abstracción o separación se realiza, pues, de manera más o menos radical, de modo que el género de objetos de cada ciencia tiene un grado mayor o menor de simplicidad. Pues bien, el rigor (ἀκριβεία) metodológico de que arriba hablábamos, está en función directa de la simplicidad y por tanto de cuán abstracto sea el objeto:

“Cuanto mayor sea la anterioridad en el enunciado y la simplicidad [de los atributos sobre los que trata la ciencia], mayor es la exactitud (τὸ ἀκριβές) de la ciencia, pues la exactitud es la simplicidad (ἀπλοῦν). Y así la ciencia que no tiene extensión es más exacta que la ciencia de lo extenso y la ciencia de lo que no tiene movimiento es la más exacta de todas”<sup>17</sup>.

En cuanto a su objeto es, por ejemplo, más simple la aritmética que la geometría, pues la primera trata de la unidad o substancia sin posición, mientras que la segunda versa sobre el punto, en cuya noción se adiciona a la unidad la posición, ya que el punto es substancia con posición (*An. Post.*, I, 27, 87 a 36) ¿En qué consiste el grado de rigor metodológico que acompaña al grado de simplicidad del objeto de las ciencias?

Para las ciencias que, como las mencionadas, están entre sí subordinadas y que nacen de una adición, como ocurre entre la aritmética y la armonía o la óptica, la solución es clara: las primeras son más exactas porque alcanzan la demostración del por qué, que es el modo más perfecto de demostración, mientras que las subordinadas no alcanzan a conocer sino el hecho (*An. Post.*, I, 27, 87 a 31; I, 13, 98 b35 ss.). Con esto se percibe cómo Aristóteles admite que hay ciencias cuyas demostraciones no dan a conocer la causa

---

<sup>16</sup> Aristóteles, *Met.*, XIII, 3, 1077 b 23-30.

<sup>17</sup> Aristóteles, *Met.*, XIII, 3, 1078 a 8.

de lo concluido, lo cual ya constituye, en cierta manera<sup>18</sup>, la aceptación de un modo menos riguroso de demostración.

Cabe señalar además que, aunque la ciencia sea de lo universal, hay también las demostraciones particulares (κατὰ μέρος) que, no por ser inferiores a las universales, dejan de ser científicas (*An. Post.*, I, 24). Y también que, a pesar de ser la ciencia un conocimiento de lo necesario, en determinadas materias de la naturaleza ha de admitirse que la demostración parta de premisas probables (εἰκός), dado que los acontecimientos que son su objeto se producen “la mayor parte de las veces” (ὡς ἐπὶ τὸ πολὺ), es decir no necesaria ni accidentalmente<sup>19</sup>.

Si bien todos estos razonamientos son demostraciones ἀποδειχίς<sup>20</sup>, no lo son todos de la misma manera. Pues la demostración que cumple todas las condiciones aludidas es la demostración absoluta o *simpliciter*, mientras que las otras sólo lo son en cierta manera o *secundum quid*<sup>21</sup>.

No es momento de proseguir aquí el estudio de la laxitud demostrativa<sup>22</sup>. Basten pues estos ejemplos para mostrar que Aristóteles era muy consciente de la diversidad metodológica de las cien-

<sup>18</sup> Sólo en cierta manera, puesto que estas ciencias hallan el por qué en las ciencias a que se subordinan. Lo cual no quita que ya el mero conocimiento del hecho parece ser admitido como un conocimiento científico por Aristóteles.

<sup>19</sup> *An. Post.*, I, 30, 87b20; II, 12, 96a8, *Met.*, IV, 2, 1027a18. Los razonamientos probables parece que son aquéllos que versan sobre lo que se produce con frecuencia, con independencia de que las premisas se hayan conocido por la experiencia o por opinión común. Ver notas 16 y 58 de Q. Racionero al libro I de Aristóteles, *Retórica*, Q. Racionero (ed.), Gredos, Madrid, 1990.

<sup>20</sup> Οὐσης δ' ἀποδείξεως τῆς μὲν καθόλου τῆς δὲ κατὰ μέρος, *An. Post.*, I, 24, 85a13; ver: 30, 87b21.

<sup>21</sup> οὐκ ἔστιν ἄρα ἀπόδειξις τῶν φθαρτῶν οὐδ' ἐπιστήμη ἀπλῶς [...] ἀλλὰ ποτὲ καὶ πῶς, *An. Post.*, I, 8, 75b24. En otras ocasiones Aristóteles se conforma con distinguir-las señalando que la primera es mejor (βελτίων) que las otras: *An. Post.*, I, 24, 85b14.

<sup>22</sup> Podrían añadirse, como modos de demostración no rigurosa, los razonamientos a partir de signos y los entimemas: *An. Pr.*, II, 27, y *Ret.*, I, 2, 1357a8-b25.

cias, de modo que las exigencias de los primeros capítulos de los *Analíticos Segundos* deben entenderse como propias sólo de la ciencia sin más o ciencia demostrativa en sentido más estricto, y que parece, por los ejemplos, coincidir fundamentalmente con las ciencias de objeto más simple o abstracto, es decir con las matemáticas. Muchas de las restantes ciencias son menos demostrativas en cuanto incumplen alguna de las exigencias de la demostración rigurosa<sup>23</sup>. Hay pues ciencias menos rigurosas que las más estrictamente demostrativas, de igual manera que, como hemos visto, el conocimiento de los principios es un saber más elevado que la ciencia demostrativa.

El hecho de que la demostración admita formas aminoradas, unido a la afirmación, que más tarde destacaremos, según la cual la dialéctica es un instrumento para la ciencia, puede hacer pensar que el razonamiento dialéctico es, a ojos de Aristóteles, una forma más de demostración menos rigurosa. Pero cabe también que el servicio que la dialéctica presta a la demostración sea, como clásicamente se ha pensado, de índole inventiva, es decir, que la confrontación de opiniones sirva para proveer de proposiciones que luego puede tratarse de demostrar.

De otra parte, en cuanto se sabe científicamente una proposición sólo si es demostrada desde principios, es patente que ellos mismos han de ser inmediatos, no demostrados, y que por tanto deben ser conocidos por otro hábito que, como hemos visto, parte de la experiencia y concluye en la intuición, sin que en él haya nada de discursivo. Y sin embargo Aristóteles señala repetidamente, como ve-

---

<sup>23</sup> Lo cual no quiere decir que la matemática haya de convertirse en el modelo de toda ciencia. No parece tampoco que deba transferirse a Aristóteles la preocupación moderna por la completud de la ciencia, ni por la uniformidad del método en la ciencia. Para que haya demostración y conocimiento científico basta con conocer los principios necesarios para la conclusión de que se trate (*An. Post.*, I, 2, 72 a 37). La unidad de la ciencia nace del género que es su objeto (*An. Post.*, I, 28, 87 a 38), no tanto por el método, de modo que allí donde no se logra la demostración más rigurosa cabe recurrir a otras que lo son menos.

remos, que el razonamiento dialéctico sirve para el conocimiento de los primeros principios.

La tarea que habremos de afrontar respecto de las ciencias genéricas o particulares consiste en hallar la manera en que se imbrican, de una parte, la demostración de teoremas y su investigación dialéctica y, de otra, la inducción de los principios y la refutación también dialéctica, evitando caer en simplificaciones que conviertan todo ello en demostración o en confrontación de opiniones.

### III. LA METAFÍSICA.

La filosofía primera trata del ente separado e inmóvil, es decir, de las cosas que no sólo se pueden definir sin el movimiento y la materia, sino que además existen separadas de la materia (*Met.*, VI, 1, 1026a 16; XI, 7, 1064a 28).

Tiene, pues, por objeto principal lo divino y, por ello mismo, a ella corresponde estudiar el ente en cuanto ente, sus propiedades y principios, que son los principios comunes a todas las ciencias (*Met.*, IV, 1). Probablemente, la razón de esto se halle en que la substancia inmóvil es lo más conocible en sí mismo, de modo que a esta ciencia le corresponde tratar del ente en cuanto ente y ser, por tanto, la más universal (*Met.*, VI, 1, y I, 2, 982b 1).

La metafísica, pues, difiere de las ciencias particulares porque no versa sobre un género determinado de cosas, y coincide, según se verá, con la dialéctica en su universalidad (*Met.*, IV, 2, 1004b 17). Pero tal universalidad es completamente diferente en ambas, pues podría decirse que la dialéctica es universal porque trata de todo y no conoce nada científicamente, mientras que la metafísica trata de todo porque versa sobre lo que de todo se dice<sup>24</sup>.

<sup>24</sup> “La dialéctica es crítica (πειραστική) allá donde la filosofía es cognoscitiva (γνωριστική)”, *Met.*, IV, 2, 1004b 22.

La metafísica conoce todas las cosas, pero no por ello es una ciencia universal que pueda demostrar, desde los principios del ser, todos los demás géneros de objetos de las restantes ciencias<sup>25</sup>. Y ello precisamente porque su objeto, el ente, se dice de todas las cosas y no es, por tanto, un género:

“Ni todas las cosas están en un único género ni, si lo estuvieran, sería probable que todas las cosas que existen estén bajo los mismos principios”<sup>26</sup>.

Por su objeto, y también por su método (*Met.*, IV, 2, 1004b24), Aristóteles distingue muy claramente la filosofía primera, tanto de una imposible ciencia universal, como de la dialéctica. Y, sin embargo, el examen del método de la metafísica al tratar de los primeros principios, ha llevado a confundirla, como luego veremos, ora con un quehacer dialéctico, ora con dicha ciencia universal, demostrativa de todo.



#### IV. LA DIALÉCTICA.

La ciencia, según se ha visto arriba, trata siempre de algo determinado con conocimiento de causa; la dialéctica, en cambio, es un método para discutir de todo sin saber de nada. Puede parecer extraña semejante descripción, pero el propio Aristóteles dice que la dialéctica “es un método gracias al cual podemos razonar sobre todo problema”<sup>27</sup> y que la crítica “no es un conocimiento de nada definido”<sup>28</sup> y “permite dominar sin saber nada”<sup>29</sup>.

<sup>25</sup> “Pero ni siquiera de entre los principios comunes es posible que haya algunos desde los que se demuestre todo”, *An. Post.*, I, 32, 88a36.

<sup>26</sup> Aristóteles, *Ref. Sof.*, 11, 172a13.

<sup>27</sup> Aristóteles, *Tóp.*, I, 1, 100a19; ver: *Ref. Sof.*, 34, 183a38.

<sup>28</sup> Aristóteles, *Ref. Sof.*, 11, 172a29.

<sup>29</sup> Aristóteles, *Ref. Sof.*, 11, 172a23.

A pesar de la superfluidad que parece tener una capacidad tal para la ciencia, concebida esta última como demostración desde principios inducidos a partir de la experiencia sensible, intentaré mostrar en lo que sigue que la dialéctica tiene a ojos de Aristóteles una gran importancia, no sólo para la victoria en la disputa, sino para la ciencia misma. Porque la idea que de la ciencia hemos dado no es más que una cara de la moneda en la cual no se atiende a los conocimientos recibidos u opiniones, que son una fuente de saber imprescindible, de cuyo uso se hace cargo precisamente la dialéctica.

La definición aristotélica de dialéctica como método (o capacidad) de razonar sobre cualquier problema que se proponga, a partir de lo plausible<sup>30</sup> expresa un núcleo común a las diversas facetas de este arte. Sin embargo, las tres notas de esta definición (a saber, *a*) que la dialéctica es un método de hacer silogismos, *b*) que esos silogismos parten de lo plausible y *c*) que es de utilidad universal) se ven completadas en otros textos por una serie de características propias que parecen a ojos de Aristóteles unidas a la esencia de la dialéctica. Dichas notas propias son principalmente las siguientes: *d*) es un arte de formular proposiciones, *e*) es un arte de la interrogación y, finalmente, *f*) sus razonamientos pueden partir de cualquiera de las dos partes de la contradicción.

En este conjunto de notas del arte de la dialéctica se echa de menos la especificación de algo tan imprescindible, en la descripción de un arte, como es señalar el fin al que apunta<sup>31</sup>. La razón de tal ausencia se halla, a mi juicio, en que se trata de una capacidad con varias dimensiones. En primer lugar, es un arte útil tanto para el que pregunta como para el que responde, y ambos hacen uso diverso de la misma. En segundo lugar, la dialéctica no tiene un solo

<sup>30</sup> Aristóteles, *Tóp.*, I, 1, 100a18-21, y *Ref. Sof.*, 34, 183a37-183b1.

<sup>31</sup> Verdad es que Aristóteles, en los dos lugares arriba citados, hace mención de los fines a que tiende ese razonar con opiniones: sostener un argumento sin decir nada contrario (*Tóp.*, 100a20) y poner a prueba al adversario (*Ref. Sof.*, 183b2). Pero con ello no parece referirse más que a una de las clases de disputa, la discusión pública, sin decir cuál es el fin común de toda la dialéctica.

fin sino una pluralidad de ellos, que van desde la ejercitación, a la victoria pública, pasando por la crítica y la investigación. Finalmente la materia que emplea, la opinión (*δόξα*) y lo plausible (*ἐνδοξά*), tiene una heterogeneidad que dista mucho de la nitidez que tiene el conjunto de proposiciones del que parte la demostración. De ahí que Aristóteles no señale un fin único a la dialéctica y que debamos conformarnos con una enumeración de fines de valor dispar.

Trataré pues de entrelazar los caracteres, más o menos esenciales, que he enumerado arriba para, luego, distinguir las peculiaridades de cada uno de sus múltiples usos, de modo que se haga patente cuál de ellos es el que rinde servicio a la ciencia y la filosofía.

## 1. Los caracteres esenciales de la dialéctica.

### a) *Método de razonar.*

La definición de dialéctica, mencionada arriba, empieza por decir que la dialéctica es un método (*μέθοδος*)<sup>32</sup> y capacidad (*δύναμις*)<sup>33</sup>, a lo cual cabe añadir que es una arte o técnica (*τέχνη*), como Aristóteles señala en la *Retórica* (I, 1, 1354a12). Este último texto resulta muy ilustrativo al respecto: la dialéctica es una capacidad o facultad en cuanto todos tratan, o de manera azarosa o por un hábito natural (*ἔξις*), de hacer lo que el dialéctico: defenderse, acusar, criticar, argumentar. Pero si esa tendencia a la producción dialéctica se encauza racionalmente, teorizando sobre la mejor manera de llevarla a cabo, entonces la facultad productiva se convierte en método, por encauzada, y en arte, por racional<sup>34</sup>.

<sup>32</sup> Aristóteles, *Tóp.*, I, 1.

<sup>33</sup> Aristóteles, *Ref. Sof.*, 34, 183a37.

<sup>34</sup> Aristóteles, *Ret.*, I, 1, 11354a1-12. Ver: *Ref. Sof.*, 11, 172a30; *An. Post.*, II, 19, 100a8; *Tóp.*, I, 3; *Met.*, I, 1, 980b26 y V, 12; *Et. Nic.*, VI, 1140a19.

En cuanto la dialéctica carece de contenido y puede ser usada incluso por aquél que, como Sócrates, dice no saber nada (*Ref. Sof.* 34, 183 b7), se trata de un método y de una técnica, en un sentido más estricto que otras ciencias. Pero este carácter es más bien genérico, pues son otras muchas las artes en sentido estricto, e incluso las ciencias teóricas y demostrativas son frecuentemente llamadas artes por Aristóteles<sup>35</sup>.

Añade luego que ese método es para silogizar (συλλογίζεσθαι). Lo cual puede parecer extraño, dado que en los *Tópicos* no se encuentra una teoría del silogismo entendido como razonamiento de tres términos y dos premisas cuantificadas, tal como aparece en los *Analíticos*. Por ello generalmente se ha pensado que estas referencias al silogismo se deben a una interpolación posterior a la confección de los *Analíticos*. Mas, si se consulta la noción misma de silogismo que aparece en ambas obras, se verá que no significa sino razonamiento deductivo, cosa ya destacada por Barnes<sup>36</sup>, de modo que hallamos una indudable coincidencia entre los *Analíticos* y los *Tópicos*, en cuanto ambos estudian métodos para deducir<sup>37</sup>. En efecto, los *Analíticos*, como tratados de índole propedéutica para cualquier ciencia (*Met.*, IV, 3, 1005 b 5), emplean las técnicas deductivas, igual que los *Tópicos*. Pues, como dice Aristóteles, haciendo referencia a la dialéctica y la demostración:

“No habrá ninguna diferencia en lo que se refiere a la producción del silogismo en uno y otro caso: en efecto, que se demuestre o se interroge se construye el silogismo poniendo que una cosa pertenece o no pertenece a otra”<sup>38</sup>.

<sup>35</sup> Seguramente porque, además de ser un conocimiento, los que poseen los principios de una ciencia están capacitados para ‘producir’ más saber.

<sup>36</sup> Aristotele’s *Posterior Analytics*, J. Barnes (ed.), Clarendon, Oxford, 1975, 90.

<sup>37</sup> Es indudablemente un problema explicar a qué modo de razonar se refiere Aristóteles cuando en los *Tópicos* habla de silogismo, pero no es asunto para tratar aquí.

<sup>38</sup> Aristóteles, *An. Pr.*, I, 2, 24a25; Ver: *An. Pr.*, I, 30, 46a3; *An. Post.*, I, 2, 71b23; 6, 75a20.

Ser, pues, una técnica poiética de establecer razonamientos deductivos, no es lo que diferencia la dialéctica de la técnica de la demostración que estudia en los *Analíticos*. Lo característico de aquélla deberá buscarse en las notas que quedan de la definición (ser una técnica universal y partir de lo plausible) o en los otros caracteres esenciales arriba reseñados. Sin pretender dilucidar cuál sea su diferencia en sentido estricto, prosigamos la exposición de estas notas.

b) *Los razonamientos dialécticos parten de lo plausible.*

Ya fue indicado arriba que la inclusión de una proposición entre las cosas plausibles (τὰ ἔνδοξα) no se debe a ningún criterio material o de contenido, sino al modo en que es conocida. Lo plausible no es ni lo accidental ni lo probable, sino lo que es conocido en virtud de un criterio externo al contenido de la proposición, es decir, lo que es aceptado por autoridad (*Tóp.*, I, 1, 100b1). Lo plausible es tal siempre por relación a las opiniones, es decir, a lo que consideran verdadero uno o varios, muchos o pocos, individuos conocidos en nuestra sociedad<sup>39</sup>. Por tanto el silogismo fundado en lo plausible no se identifica con el silogismo de lo probable ni de lo contingente.

Una vez apartado este error, queda otra posibilidad de malinterpretar el silogismo de lo plausible: creer que existe un paralelismo entre la técnica demostrativa de las ciencias particulares y la argumentación dialéctica. Las ciencias parten de los principios, que son un cupo coherente y bien delimitado de proposiciones, o principios, desde los cuales se pueden hacer demostraciones. En cambio, el dialéctico parte de un enjambre incoherente de proposiciones de valor tan dispar como el conjunto de opiniones defendidas o conocidas en una comunidad.

Sin ánimo de agotar las categorías de lo plausible de las que Aristóteles habla, nunca él tampoco con pretensiones sistemáticas,

---

<sup>39</sup> Ver, v. gr., *Ref. Sof.*, 9, 170a30.

creo que se pueden distinguir al menos las siguientes maneras en que se ofrecen lo plausible (τα ἔνδοξα) y las opiniones (αἱ δόξαι)<sup>40</sup>:

– Lo que es plausible absolutamente. Con ello probablemente se refiere Aristóteles a lo que es plausible para todos y quizás lo que, además, “no es contrario a las apariencias”<sup>41</sup>.

– Lo que es plausible (o manifiesto) para todos (τὸ πᾶσι φανερόν)<sup>42</sup>.

– Lo que es plausible para la mayoría (*Top* I, 10, 104 a 7).

– Lo que es plausible para los sabios

para todos

para la mayoría

para los más conocidos

para uno contrario a la opinión común (θέσις), que es una clase de paradoja (*Tóp.*, I, 11, 104 b 19).

– Lo plausible para un individuo concreto, que puede ser el mismo que responde o no (*Tóp.*, VIII, 5, 159 b 1)

– Las opiniones que están de acuerdo con las técnicas, que son las mismas proposiciones científicas, pero usadas sólo como opiniones (*Tóp.*, I, 10, 104 a 34)

– Lo que no es ni plausible ni no plausible, es decir, aquello acerca de lo cual no hay opinión<sup>43</sup>.

<sup>40</sup> Aristóteles, *Tóp.*, I, 10, 104 a 6-12 y 34; 11, 104b47, 19 y 31; 14, 105 a 37-105b1; VIII, 5, 159 a 38-159 b 2, 23-27; 9, 160b17-22.

<sup>41</sup> Aristóteles, *Tóp.*, I, 14, 105 a 17. Véase la nota de Brunschwig al respecto en Aristote, *Topiques*, J. Brunschwig (ed.), Les Belles Lettres, Paris, 1967.

<sup>42</sup> Aristóteles, *Tóp.*, I, 10, 104 a 6.

<sup>43</sup> Aristóteles, *Tóp.*, I, 11, 104 b 4; VIII, 5, 159b38. Entre las negaciones de todas estas posibilidades son de citar, en especial, la paradoja (τὸ παράδοξον) que es lo contrario a la opinión común (de la mayoría) (*Tóp.*, I, 10, 104a 10; 11, 104b19; *Ref. Sof.*, 3, 165 b 14; 12, 172 b 29) y lo ἄδοξον que parece ser algo tan contrario a la opinión que más se aproxima a la falsedad (ψεῦδος) (*Ref. Sof.*, 12, 172 b 18 y 22), porque es absurdo o moralmente detestable. Contra esta discutible interpretación cabe alegar el uso de ἄδοξον en 173a26 y 159a39.

Dado este punto de partida, múltiple y heterogéneo, en el cual frecuentemente se da la contradicción entre las opiniones de fuente diversa (*Tóp.*, I, 11, 104 b 4 y 24), se comprende que el arte del dialéctico no se desarrolle de manera paralela a la demostración. Ésta tiene por tarea fundamental buscar, en el cuerpo de proposiciones de su ciencia y básicamente entre los principios, el término medio adecuado que permite conocer como necesaria y por sí la conclusión. Lo cual, una vez conseguido, añade el conocimiento científico de una proposición más, que puede emplearse para ulteriores demostraciones.

En cambio, el arte del dialéctico no consiste sólo en realizar deducciones a partir de un conjunto de premisas determinado, sino en seleccionar, entre el conjunto incoherente y relativo de opiniones, las que pueden servir para razonar con un fin concreto y en una situación determinada. El *fin* es cualquiera de los que Aristóteles atribuye al arte dialéctico, por ejemplo, la refutación y la influencia sobre el adversario, la ejercitación de la capacidad dialéctica o la crítica. La *situación* determinada viene dada por el papel que se ocupa en el diálogo, es decir, si se pregunta o se responde, y también por lo que el adversario ha admitido en el diálogo concreto.

Veamos, a modo de ejemplo, como se desarrolla una contienda, o diálogo agonístico (*Tóp.*, VIII, 5, 159 a 30), que se realiza ante un público (*Ret.*, I, 1, 1355 a 29). El fin del que pregunta consiste en ejercer una influencia y especialmente en lograr refutar al que responde; éste, por su parte, debe arreglárselas para que no parezca que es afectado por las preguntas y razonamientos del que pregunta.

El inicio del diálogo es una pregunta en forma disyuntiva, que contiene las dos partes de la contradicción, a la cual llama Aristóteles “problema” (*Tóp.*, I, 4, 101 b 32). El contenido del problema está ya en cierto modo determinado o limitado por la opinión, pues no se debe discutir ni sobre lo que nadie admite, ni sobre lo que es para todos manifiesto, sino sólo sobre aquello acerca de lo cual o no hay opinión o hay opiniones contrapuestas (*Tóp.*, I, 11, 104 b 2 ss.). El que responde acepta uno de los lados de la contradicción y lo hace suyo; pero no lo hace manifestando sinceramente su opi-

nión, sino recurriendo nuevamente a las opiniones, pues no debe admitir lo no plausible, como lo absurdo o lo depravado, ya que, al hacer tuyas estas cosas ante un auditorio, se haría detestable (*Tóp.*, VIII, 9, 160b17 ss.).

Admitida, pues, una de las partes de la contradicción problemática por parte del que responde, el que pregunta presenta una nueva proposición que ha de poder ser contestada con un sí o un no<sup>44</sup>. Para ello el que pregunta ha de considerar, por un lado, los puntos flacos de la hipótesis admitida en orden a lograr una refutación y, por otro, de nuevo las opiniones, pues la pregunta ha de ser plausible (*Tóp.*, I, 10, 104a5), no para quien pregunta, sino para los sabios, o la mayoría, etc. A su vez, el que responde, teniendo en cuenta otra vez las opiniones aceptables y, previendo la refutación que el otro quiere hacerle, contesta afirmativamente, negativamente o pidiendo una aclaración (*Tóp.*, VIII, 7, 160a18).

En suma, los problemas planteados, así como las preguntas y las respuestas, se eligen, en el caudal de opiniones, de forma relativa a los fines propios del tipo de diálogo en curso y en virtud de las situaciones concretas, es decir, de las respuestas previamente dadas. En el caso que acabamos de ver, el problema puede versar sobre aquello de lo que no hay opinión (lo que no es ni plausible ni no plausible), pero las preguntas y respuestas han de ser acordes a la opinión común o de los sabios, y han de elegirse mirando siempre el fin, que es construir un silogismo refutatorio. Si el fin fuera, por poner otro ejemplo, la crítica del que dice poseer una ciencia por parte de otro, el problema debe ser interno a la ciencia de que se trate, y las respuestas del que se somete a la crítica deben expresar sus propias opiniones, que no tienen por qué ser acordes con las opiniones comunes o de los sabios.

Hay otros fines de la argumentación dialéctica que luego estudiaremos. Sin embargo, ya el examen de estos casos nos permite entender algunas de las otras caracterizaciones aristotélicas de este arte.

<sup>44</sup> Es decir, debe tratarse de una proposición clara, unitaria y no múltiple (*De Int.*, 11, 20b22; *Tóp.*, VIII, 2, 158a14).

c) *La dialéctica es universal.*

Fácilmente se comprende que la dialéctica pueda versar sobre cualquier clase de objetos, es decir, que sea universal, como ya se indicaba en la definición presentada al principio, según la cual es un método para razonar sobre todo problema.

La demostración en las ciencias particulares tiene límites estrictos por todos sus lados: por los costados, pues no pueden demostrar acerca de géneros que no sean su objeto, por arriba, dado que no demuestra sus principios, y por abajo, ya que de lo que no es necesario, o frecuente, no hay ciencia. En cambio, la dialéctica es universal, de modo que razona sobre todos los géneros, sobre los principios y sobre lo contingente. Pero la dialéctica no es por ello una ciencia universal, dado que en ningún caso demuestra.

Por ejemplo, la demostración científica está limitada a un solo género porque, según vimos, el término medio demostrativo ha de decirse por sí del sujeto y ser él mismo sujeto por sí del predicado de la conclusión. Y eso sólo puede darse entre términos pertenecientes a la misma categoría o género. En cambio, el dialéctico toma como criterio, no lo conocido como necesario de esa manera, sino lo que el interlocutor acepta conforme a las opiniones. De ahí que Aristóteles relacione la universalidad de la dialéctica con el hecho de ser un arte interrogativo o relativo a unas opiniones:

“el dialéctico no tiene por objeto cosas determinadas de esta manera, dado que no está limitado a un género. En otro caso no procedería por interrogaciones”<sup>45</sup>.

De ahí también que, como dicho criterio es extrínseco a la naturaleza de los términos de que consta la conclusión, pueda razonarse dialécticamente desde fuera del género, pero la conclusión obtenida es entonces verdadera sólo por relación a tal criterio, y en modo alguno resulta por ello demostrada.

<sup>45</sup> Aristóteles, *An. Post.*, I, 11, 77a31.

d) *La dialéctica es un arte de seleccionar proposiciones.*

La dialéctica no es sólo un arte de razonar, sino también de seleccionar, entre lo opinable, las proposiciones adecuadas a las circunstancias:

“un dialéctico es aquél que es capaz de formular proposiciones y objeciones” (*Tóp.*, VIII, 14, 164 b 2)<sup>46</sup>.

Lo cual, evidentemente, se lleva a cabo en orden al razonamiento (*ibid.* 164 a 17), pero teniendo en cuenta, según lo visto, el conjunto de las cosas plausibles conforme a la finalidad del diálogo.

e) *La dialéctica es interrogativa.*

Frecuentemente Aristóteles describe la dialéctica como un arte de interrogación, en lo cual halla uno de los criterios que permiten distinguir la dialéctica de la ciencia:

“Ordenar las cuestiones y formular las preguntas es ya propio del dialéctico: en efecto, todo esto se hace de cara al otro. Al filósofo y al que investiga para sí, con tal de que las cosas por las que establece el razonamiento sean verdaderas y conocidas, nada le importa que el que responde no las haga suyas”<sup>47</sup>.

La dialéctica, en cuanto permite razonar y elegir proposiciones de entre las plausibles con vistas a un fin, en una situación determinada, es un arte que se ejerce respecto de otro, de cuyas opiniones depende la elección de proposiciones y el razonamiento que

<sup>46</sup> “[la retórica y la dialéctica] son facultades de proporcionar enunciados (λόγους)”, *Ret.*, I, 2, 1356a36; ver: *Ref. Sof.*, I, 165a27.

<sup>47</sup> Aristóteles, *Tóp.*, VIII, I, 155b11; ver: *Ref. Sof.*, 11, 172a8 y *An. Post.*, I, 11, 77a31.

intentamos hacer o entorpecer. De ahí que sea un arte esencialmente interrogativo; lo cual no implica, estrictamente hablando, que deba producirse un diálogo físico entre dos interlocutores. Preguntar a otro de viva voz, ni se da en todo uso de la dialéctica, ni es exclusivo de ella: en efecto, cabe ejercitar la capacidad dialéctica razonando consigo mismo; y también cabe preguntar en la ciencia (*An. Post.*, I, 12), es decir, puede darse un diálogo didáctico dentro de una ciencia, no regido por el arte de la dialéctica. El *quid* del carácter interrogativo de la dialéctica reside, pues, en que las proposiciones son admitidas, no por sí mismas, sino relativamente a un tipo de opinión (*Tóp.*, I, 1, 100 a 28 ss). Verbigracia, no dejaría de ser interrogativo, en este sentido, un diálogo interior que considerara las respuestas que daría a un problema tal o cual sabio (*Tóp.*, VIII, 14, 163b3).

f) *El razonamiento dialéctico puede partir de cualquiera de los lados de la contradicción.*

De ello se sigue que en la dialéctica se puede tomar como premisa cualquiera de las dos partes de la contradicción, dependiendo de las opiniones del interlocutor y de la respuesta que se dé ante un problema (*An. Pr.*, I, 1, 24 a 22). Ésta es una nueva característica que la diferencia de la demostración, dado que ésta siempre ha de atenerse a la afirmación o la negación, según sea la naturaleza del objeto de que trate:

“ninguna de las técnicas que muestran la naturaleza de una cosa es interrogativa: pues no es posible conceder una cualquiera de las dos partes; en efecto, el razonamiento no se forma a partir de ambas cosas. La dialéctica en cambio es una técnica interrogativa”<sup>48</sup>.

<sup>48</sup> Aristóteles, *Ref. Sof.*, 11, 172a18; ver: *An. Post.*, I, 11, 77a33.

## 2. Los usos de la dialéctica.

Una vez vistos la definición y los caracteres esenciales de la dialéctica, toca ahora examinar sus modalidades, atendiendo principalmente a los fines que persiguen y, en consecuencia, al tipo de opiniones que conforme a tales fines se selecciona.

Los diversos usos de la facultad y del arte de la dialéctica nunca son presentados por Aristóteles en una sola división; habremos, pues, de recurrir a varios textos que ofrecen particiones imperfectas. Entre ellos destacan dos:

1) *Tóp.*, I, 2, que trata de la utilidad del arte, recurriendo a los fines como criterio, y donde distingue entre el uso ejercitativo (*γυμνασία*), el uso en las controversias (*ἐντεύξεις*) y el uso para los conocimientos filosóficos. Esta división es de carácter general, dado que probablemente la controversia implica, a diferencia de la investigación, un diálogo real entre dos individuos y abarca el diálogo agonístico y el crítico.

2) *Ref. Sof.*, 2, donde ofrece una distinción de las modalidades de diálogo argumentado (*τῶν ἐν τῷ διαλέγεσθαι λόγων*) que no coincide completamente con los usos del arte de la dialéctica, ya que ni a todo ni sólo al diálogo, se aplica la dialéctica. El resultado es la división en diálogos didácticos (*διδασκαλικοί*), dialécticos (*διαλεκτικοί*), críticos (*πειραστικοί*) y erísticos (*ἐριστικοί*), de los cuales no hacen uso del arte dialéctico ni el primero ni el último y donde falta, en cambio, el uso ejercitativo y la investigación o uso filosófico.

Para resumir, creo que uniendo esos criterios y haciendo uso de otros textos, las argumentaciones dialécticas son de los tipos siguientes:

### a) *Disputa (ἀγών)*.

Se trata de las argumentaciones que se hacen entre quienes contienden (*τοῖς ἀγωνιζομένων*) (*Tóp.*, VIII, 5, 159 a 28; 11, 161 a 39) o

conversan (τοῖς διατρίβουσι)<sup>49</sup>. El uso de este tipo de argumentaciones, que constituyen la dialéctica propiamente dicha (διαλεκτική καθ'αυτή) (*Ref. Sof.*, 34, 183 a 39) tiene como finalidad la victoria (*Tóp.*, VIII, 11, 161 b 1). Pero como cada contendiente busca su propia victoria y ejerce un papel diferente, no tienen ambos un fin común (*Tóp.*, VIII, 11, 161 a 39), pues el que pregunta pretende aparentar que ejerce una influencia o refutación, y el que responde aparentar que no la padece (*Tóp.*, VIII, 5, 159 a 32). De la manera en que se utilizan las opiniones en este caso ya hemos hablado arriba.

b) *Crítica (πεῖρα)*.

La crítica es escasamente expuesta por Aristóteles. No obstante, puede decirse que, a ojos de Aristóteles, debía ser un procedimiento muy próximo a la dialéctica en sentido propio, pues en ocasiones la dialéctica y la crítica aparecen entrelazadas hasta confundirse (*Ref. Sof.*, 172 a 21; 34, 183 a 39). Parece que la crítica es a la disputa como la investigación al arte ejercitativo. En efecto, como enseguida veremos, de igual manera que los recursos de la ejercitación son los mismos que emplea, con otro fin, la investigación, así la crítica usa los mismos procedimientos de interrogación que la disputa, pero no para vencer, sino para poner a prueba los conocimientos del interlocutor. Este uso de la dialéctica es para Aristóteles una de las manifestaciones más naturales y espontáneas de la dialéctica, que es empleada de esta manera incluso por quienes carecen del arte y en general de instrucción (*Ref. Sof.*, 11, 172 a 21), lo cual no impide que sea también uno de los usos propios del arte. Aristóteles es bastante oscuro en las pocas exposiciones que hace de la crítica. La más clara se halla en *Ref. Sof.*, 2, 165 b 4:

<sup>49</sup> El verbo διατρίβειν tiene un sentido más amplio que ἀγωνίζεσθαι, pues también es una conversación la que se tiene en orden a la investigación (σκέψις) (*Tóp.*, VIII, 5, 159 a 28).

“críticos son los [argumentos] contruidos a partir de las opiniones (δοκούντα) del que responde y que es necesario que sepa el que presume tener un conocimiento”.

Lo cual quiere decir que se trata de un diálogo sobre las cuestiones de una ciencia, con el fin de saber si las opiniones del que responde son o no conforme a la ciencia. Se trata, pues, de “poner a prueba a los que hacen profesión de sabios” (*Ref. Sof.*, 11, 172 a 32). Mas para tal fin, el que pregunta, sin conocer la ciencia en cuestión, recurre a los conocimientos que cualquiera tiene al respecto (*Ref. Sof.*, 11, 172 a 22-30) y que pertenecen, por tanto, al terreno de lo plausible. Se trata, pues, de un procedimiento de interrogación dialéctico, no dependiente del conocimiento de los principios propios, pero que versa sobre un conocimiento que es objeto de ciencia para los que la poseen.

### c) *Uso ejercitativo (γυμνασία).*

Aún sin reconocerle mayor importancia que a la disputa, Aristóteles se interesó especialmente por esta modalidad de diálogo, explícitamente porque nadie se había ocupado de sus normas (*Tóp.*, VIII, 5, 159 a 25 y 33), pero quizás, en el fondo, por su especial unión con la investigación, la ciencia y la filosofía primera.

El fin del diálogo en este caso es el desarrollo de la capacidad (δύναμις) dialéctica (*Tóp.*, VIII, 14, 164b2), no la victoria sobre el adversario. A diferencia de lo que ocurre en la disputa, los interlocutores tienen un fin común, que parece consistir en someter a prueba una hipótesis (*Tóp.*, VIII, 11, 161 a 37 ss.) por medios dialécticamente correctos, evitando convertir el diálogo en disputa o contienda (*Tóp.*, VIII, 11, 161 a 24). Parece, por tanto, que la finalidad principal en este tipo de ejercicios es disputar correctamente y de la manera más eficaz que se pueda (*Tóp.*, VIII, 11, 161 b5 y 36).

Puesto que aquí no se trata tanto de defender una tesis como propia, sino de defenderla coherentemente, se comprende fácilmente que la elección de problemas y proposiciones, de preguntas y respuestas, es diferente aquí y en la disputa. En la disputa, tanto

problemas, como preguntas y respuestas, deben evitar lo que para nadie resulta plausible; los problemas, además, no pueden versar sobre lo que es para todos patente. En cambio, el uso ejercitativo permite que el que responde sostenga cualquier tipo de opinión:

“Es necesario que el que responde sostenga el discurso exponiendo una tesis plausible o no plausible, o ni lo uno ni lo otro, bien absolutamente, bien según para quién, v.gr. para este individuo de aquí, ya sea él mismo ya sea otro”<sup>50</sup>.

Por ello, en este diálogo que se hace para la argumentación (λόγου χάριν), no vale la recomendación de “no sostener una hipótesis no plausible”, que ha de seguirse en la disputa, so pena de hacerse odioso al auditorio (*Tóp.*, VIII, 9, 160 b 17-22). También se sigue del fin perseguido en esta modalidad dialéctica que quien responde deba mantenerse en el papel adoptado desde el principio. Es decir, que si, por ejemplo, mantiene una opinión ajena, como quien sostiene, sin ser suya, una opinión de Heráclito, ha de seguir respondiendo según la opinión de Heráclito (*Tóp.*, VIII, 5, 159 b 23). Lo cual constituye nuevamente una diferencia respecto de la disputa, donde las respuestas se han de dar como propias, tomando lo más conveniente de acuerdo con la opinión más aceptable y menos refutable en el contexto.

Las peculiaridades del uso ejercitativo de la dialéctica no se acaban aquí. Al hacerse todo el diálogo como gimnasia mental a partir de unas hipótesis que no tienen que admitirse como plausibles, ni según la opinión del que pregunta, ni del que responde, cabe que se sostengan y concluyan proposiciones contrarias, lo cual, si fuera hecho en la disputa, sería un procedimiento sofístico (*Ret.*, I, 1, 1355 a 29 ss.). Finalmente, sólo el diálogo ejercitativo parece que puede ser realizado por uno solo, ya que de lo que se trata es de poner a prueba una tesis y adquirir, así, un arte que sirve tanto para preguntar como para responder:

“Respecto a toda tesis hay que mirar la forma de abordarla, tanto diciendo que es así como que no es así y, una vez hallada,

<sup>50</sup> Aristóteles, *Tóp.*, VIII, 5, 159a38 ss.

buscar inmediatamente su disolución; así, en efecto, ocurrirá que uno se ejercitará tanto en preguntar como en responder, si no tenemos a nadie a quien dirigirnos, a nosotros mismos”<sup>51</sup>.

d) *Investigación (σκέψις).*

No se trata propiamente de otra modalidad del arte dialéctico que, de conformidad con otros fines, recurra a las opiniones de manera diferente al uso ejercitativo. Es más bien un subproducto de dicho uso, que no acaba de estar plenamente diferenciado de él. En efecto, Aristóteles habla casi sin distinción de ejercitación (γυμνασία) e investigación (σκέψις), como fines para un solo tipo de argumentación dialéctica (*Tóp.*, VIII, 5, 159a25-30). Con todo, al final del estudio de esta modalidad única, Aristóteles distingue claramente dos fines: uno, descrito con las palabras de la última cita, que parece el principal e inmediato; otro como secundario y mediato, que es el uso para la investigación y el conocimiento.

La ejercitación tiene como finalidad el desarrollo de la capacidad dialéctica. Pero, dado que en tal uso se examinan o someten a prueba las hipótesis en su coherencia interna, resulta de ello que se ven con claridad las consecuencias que se derivan de cada una; y ese resultado constituye un instrumento de gran valor para la ciencia y la filosofía, cosa que ya había señalado en *Tóp.*, I, 2, y de la que luego volveremos a hablar más extensamente:

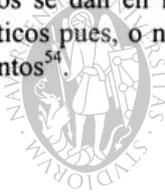
“y el poder y haber visto globalmente las consecuencias que se desprenden de una y otra hipótesis no es un instrumento de poca monta para la prudencia filosófica: pues sólo resta elegir correctamente una de las dos cosas. Pero para este asunto es necesario que se den buenas dotes naturales, y la buena disposición natural es, en verdad, poder escoger bien lo verdadero y lo falso”<sup>52</sup>.

<sup>51</sup> Aristóteles, *Tóp.*, VIII, 14, 163a39.

<sup>52</sup> Aristóteles, *Tóp.*, VIII, 14, 163b9.

Este texto, que sigue de cerca al anterior, muestra como utilidad secundaria de la ejercitación, la de preparar el conocimiento y la filosofía. Seguramente podría decirse que la ejercitación y la investigación son la misma técnica, pero tomada, en un caso, en cuanto apunta al perfeccionamiento de la capacidad y, en el otro, en cuanto sirve de crítica o prueba del contenido de las hipótesis. Este uso de la dialéctica es el que principalmente nos interesa aquí, pues la comparación, según sus consecuencias, de las diversas doctrinas constituye el principal servicio que el arte del dialéctico presta a la ciencia.

No se acaban aquí las formas de argumentación dialogada, pero sí las que se rigen según el arte de la dialéctica. Se dan en la conversación también los razonamientos didácticos, que son demostraciones dialogadas entre maestro y discípulo y parten de los principios de la ciencia sin recurrir para nada a lo plausible<sup>53</sup>. También los razonamientos erísticos se dan en la conversación, pero sólo son aparentemente dialécticos pues, o no parten de lo plausible, o no constituyen razonamientos<sup>54</sup>.



## V. LA DIALÉCTICA EN LA CIENCIA Y EN LA METAFÍSICA.

En las controversias siempre se enfrentan dos personas que razonan sobre una hipótesis usando las opiniones. Pero en cada modalidad de diálogo el enfrentamiento parece recaer sobre cosas di-

---

<sup>53</sup> Aristóteles, *Tóp.*, VIII, 5, 159 a 27; *Ref. Sof.*, 2 165 b 1. La ciencia puede exponerse de forma dialogada con preguntas internas a la materia de que se trate, sin que por ello tenga la interrogación un papel esencial a la demostración (*An. Post.*, I, 12). De otra parte la enseñanza probablemente conlleva a ojos de Aristóteles el uso de la crítica, ejercida por el maestro sobre las opiniones del discípulo (*Tóp.*, VIII, 5, 159a28).

<sup>54</sup> Aristóteles, *Tóp.*, I, 1, 100b19 ss.; *Ref. Sof.*, 2, 165b7.

ferentes, pues la disputa enfrenta personas, de las cuales sólo una vence; en la ejercitación se confrontan las técnicas de argumentar y no importa mucho sobre qué se argumenta, sino si se argumenta bien; finalmente, en la investigación se confrontan las proposiciones para ver cuál es, por sus consecuencias, más plausible.

Mas también la ciencia se ocupa de las proposiciones, pero no ya a partir de lo plausible, sino de principios y, en última instancia, desde el conocimiento sensible que, mediante la experiencia, conduce a la captación intuitiva de los principios. Hay, pues, dos fuentes últimas de conocimiento: el conocimiento sensible y las opiniones que, aún siendo completamente dispares, permiten ambas, por caminos diversos, el conocimiento de las proposiciones. Tanto la ciencia demostrativa como la opinión bien fundada son, para Aristóteles, dignas de crédito:

“Uno debe hacer caso de las aseveraciones no demostrativas y de las opiniones de los experimentados, ancianos y prudentes, no menos que de las demostraciones, pues ellos ven rectamente porque poseen la visión de la experiencia”<sup>55</sup>.

A pesar de su disparidad, en efecto, el que discurre desde opiniones y el que demuestra hacen uso, ambos, de una misma facultad, dispuesta a dar con lo verdadero:

“Porque corresponde a una misma facultad reconocer lo verdadero y lo verosímil y, por lo demás, los hombres tienden por naturaleza de un modo suficiente a la verdad y, la mayor parte de las veces, la alcanzan. De modo que esta disposición de discernir sobre lo plausible es propia de quien está en la misma disposición respecto de la verdad”<sup>56</sup>.

Debemos ahora examinar cómo los dos métodos de esta misma facultad de buscar la verdad, haciendo uso de esas dos fuentes tan diferentes de conocimiento, convergen hasta mezclarse. Pues, si la ciencia se rebaja hasta admitir modos menos rigurosos de demos-

<sup>55</sup> Aristóteles, *Et. Nic.*, VI, 11, 143b11.

<sup>56</sup> Aristóteles, *Ret.*, I, 1, 4, 1355a 15.

tración, la dialéctica, por su lado se eleva hasta alcanzar, como se ha apuntado, lo absolutamente plausible. Pero no se confunden ni se identifican nunca, dado que sobre lo mismo no cabe tener a la vez opinión y ciencia (*An. Post.*, I, 33, 89a38).

## 1. La dialéctica y la demostración.

En *Tóp.*, I, 2, haciendo sin duda referencia al uso que más arriba hemos llamado «investigación», Aristóteles señala dos maneras en que la dialéctica sirve a la filosofía o la ciencia. Ambos servicios no son completamente dispares, sino que más bien parece que el segundo es un caso particular, aunque destacado, del primero. Éste viene expresado como sigue:

“[El estudio de la dialéctica es útil] para los conocimientos en filosofía (πρὸς τὰς κατὰ φιλοσοφίαν ἐπιστήμας), porque pudiendo desarrollar una dificultad en ambos sentidos discerniremos más fácilmente lo verdadero de lo falso”<sup>57</sup>.

En el diálogo ejercitativo el que pregunta somete a prueba, usando toda suerte de opiniones, la tesis cuya coherencia interna trata de mantener el que responde. El resultado de este ejercicio, considerado no en cuanto a la facultad que así se desarrolla, sino en cuanto al fortalecimiento de la plausibilidad de la afirmación o de la negación, es, según *Tóp.*, VIII, 14, un instrumento para la ciencia, pues facilita que quien tiene buenas dotes naturales distinga lo verdadero de lo falso. Mas tal discernimiento no es todavía la ciencia, para la cual dice Aristóteles que es útil la dialéctica, sino que todavía ha de adquirirse la ciencia o la filosofía de ello, no ya

---

<sup>57</sup> Aristóteles, *Tóp.*, I, 2, 101a29. Este citadísimo texto, a mi juicio, expresa la misma idea que el párrafo de *Tóp.*, VIII, 14, 163b9 arriba presentado, donde se señala la utilidad que, para la investigación, tiene la dialéctica.

por disposición natural, sino por demostración a partir de los principios<sup>58</sup>.

Sin embargo, Aubenque sostiene que el razonamiento dialéctico no constituye una etapa previa a la demostración científica, sino que el método de la ciencia se confunde con la dialéctica<sup>59</sup>. Primero muestra cómo, de hecho, las obras de Aristóteles emplean frecuentemente la consulta dialéctica de opiniones<sup>60</sup>, en virtud de lo cual desecha que las obras científicas y filosóficas de Aristóteles constituyan una aplicación de la metodología presentada en los *Segundos Analíticos*<sup>61</sup>. Dejada así de lado la teoría de la ciencia explícitamente aceptada por Aristóteles, saca a colación los textos dispersos en las obras científicas del Estagirita, donde trata del papel que la dialéctica juega en la ciencia y concluye que, a sus ojos, la investigación es ella misma dialéctica y que “el método de Aristóteles no consiste sino en abrirse paso a través de las tesis que se le presentan”<sup>62</sup>.



## 2. La dialéctica y los principios.

A nuestro juicio, esta interpretación, basada en el análisis de la ciencia aristotélica, aunque tiene el mérito de destacar la importancia de la dialéctica, resulta abusiva. Por ello, manteniéndonos, co-

<sup>58</sup> “Nadie es sabio por naturaleza” (*Et. Nic.*, VI, 11, 1143b7). “El sabio no sólo debe conocer lo que sigue de las proposiciones, sino poseer la verdad de los principios” (*Et. Nic.*, VI, 7, 1141a17).

<sup>59</sup> P. Aubenque, “La notion aristotélicienne d’aporie”, 11.

<sup>60</sup> Especialmente el método diaporético de extraer las consecuencias de las dos partes de la contradicción (M. Zanatta, “Metodo e statuto epistemologico della *Fisica* di Aristotele”, en *Bolletino Filosofico*, 1998 (14), 315-345, 323; P. Aubenque, “La notion aristotélicienne d’aporie”.

<sup>61</sup> P. Aubenque, “La notion aristotélicienne d’aporie”, 3.

<sup>62</sup> P. Aubenque, “La notion aristotélicienne d’aporie”, 3.

mo hasta ahora, en el terreno de la teoría de la ciencia y fuera del de la ciencia de hecho, trataremos de ver cómo se armonizan dialéctica y ciencia. Pero antes conviene considerar la segunda utilidad que, según el texto de *Tóp.*, I, 2, tiene la dialéctica para la filosofía. Porque al examinarla toparemos con las mismas dificultades, si no mayores. He aquí el párrafo en cuestión:

“Pero además [la dialéctica] es útil para las cuestiones primordiales de cada conocimiento (ἐκαστῆ ἐπιστήμη). En efecto, a partir de los principios internos (τῶν οἰκείων ἀρχῶν) de la ciencia, es imposible decir (εἰπεῖν) nada sobre ellos mismos, puesto que los principios son primeros respecto de todas las cosas y, por ello, es necesario versar sobre ellos (περὶ αὐτῶν διελεθεῖν) a través de las cosas plausibles concernientes a cada uno de ellos. Ahora bien, esto es propio y exclusivo de la dialéctica: en efecto, al ser adecuada para examinar [cualquier cosa], provee de un camino para los principios de todos los métodos”<sup>63</sup>.

Este segundo uso de la dialéctica consiste en tratar de los primeros principios de cada una de las ciencias, cosa que no pueden hacer las ciencias particulares. Los principios a los que aquí se refiere son indudablemente los principios propios de cada ciencia, pero no parece que haya inconveniente en extender lo que aquí dice a los principios comunes<sup>64</sup>. La razón que apunta para negar que cada saber pueda tratar de sus propios principios está en conformidad con los *Analíticos Segundos*: no puede haber demostración de dichos principios en el interior de la ciencia misma, so pena de caer en una demostración circular o en una petición de principio<sup>65</sup>. En cambio, la dialéctica, como arte universal, puede versar (διελεθεῖν) sobre ellos, de modo que esos principios son, de alguna manera, conocidos en virtud del hábito dialéctico, pues, como dice el texto, la

<sup>63</sup> Aristóteles, *Tóp.*, I, 4, 101a36.

<sup>64</sup> Como hace notar Berti (*op. cit.* 49).

<sup>65</sup> *An. Post.*, I, 3; ver: J. M. Gamba, “La petición de principio según Aristóteles”, *Philosophica* 17, 1994, 13-31.

dialéctica “provee de un camino para los principios de todos los métodos”.

Esto, sin embargo, parece entrar en contradicción con otras aserciones de Aristóteles. Por un lado, en efecto, leemos al final de los *Analíticos* que la  $\xi\zeta\iota\varsigma$  por la que se conocen los primeros principios es la intuición ( $\nu\omicron\upsilon\varsigma$ ): “la intuición será pues la que aprehende los principios... la intuición es principio del principio mismo”<sup>66</sup>. La intuición, momento final de la experiencia y la inducción sería, según esto, la facultad del conocimiento de los principios, cosa corroborada, por ejemplo, en *An. Pr.*, I, 30, 46 a 17, donde dice que la experiencia es quien conoce los principios propios de cada objeto<sup>67</sup>. Según esto, el conocimiento de los principios no surgiría de discurso o razonamiento alguno (*An. Post.*, I, 23, 84 b 37), sino de una captación simple (*An. Post.*, I, 23, 84 b 37).

Pero aún hay más sobre el conocimiento de los primeros principios, pues, en un par de textos de los *Analíticos Segundos*, Aristóteles habla de una hipotética ciencia que demostraría tanto los principios comunes:

“Por su parte, la dialéctica comunica con todas las ciencias, como lo haría toda ciencia que tratara de demostrar de manera general principios como “para toda cosa la afirmación o la negación es verdadera”<sup>68</sup>,

como los propios:

“Y si esto es evidente, también lo es que no es posible demostrar los principios propios de cada cosa: en efecto, aquellos [de los que serían deducidos] serían los principios de todas las cosas y la ciencia de ellos la ciencia más importante de todas”<sup>69</sup>.

Y, aunque en ambas ocasiones hable Aristóteles sólo de manera hipotética, estos textos, unidos a que en la *Metafísica* dice que la

<sup>66</sup> Aristóteles, *An. Post.*, II, 19, 100b5-17. Ver: *An. Post.*, I, 23, 85a1 y 33.

<sup>67</sup> Aristóteles, *Et. Nic.*, VI, 3, 1139b30.

<sup>68</sup> Aristóteles, *An. Post.*, I, 11, 77a28.

<sup>69</sup> Aristóteles, *An. Post.*, I, 9, 76a16.

filosofía “debe ser la ciencia teórica de los primeros principios y de las demás causas” (I, 2, 982b9), fácilmente han dado pie para pensar que, si la dialéctica versa sobre los principios, la metafísica los demuestra.

Los principios, pues, parece 1) que son conocidos por una intuición precedida de la experiencia, 2) que son objeto a tratar por la dialéctica, razonando desde lo plausible y, finalmente, 3) que son demostrables por una ciencia superior que no sería sino la metafísica.

Esta pluralidad de textos, de apariencia incoherente, ha producido una multiplicidad de interpretaciones apoyadas unilateralmente en una u otra de tales posibilidades. Domingo de Soto y Zabarella, por ejemplo, admiten que la metafísica prueba los principios propios<sup>70</sup>, pero no los principios comunes, que son indemostrables, aunque “la metafísica de alguna manera los haga manifiestos por medio del ejemplo y la inducción”<sup>71</sup>. Pacio entiende que no pertenece a la metafísica conocer los principios primeros, sino a lo que llama precisamente “ciencia de los primeros principios”, ciencia diferente de todas las demás, porque no es ciencia de conclusiones y porque de ella dependen todas las otras cosas de que tratan las ciencias<sup>72</sup>. Aubenque, seguido por Berti, cree que el párrafo de *Tóp.*, I, 2 arriba citado ofrece la más auténtica dimensión

<sup>70</sup> “Nulla scientia demonstrat sua propria principia: sed ad Metaphysicam, quae est omnium domina & excellentissima, pertinet probare omnia principia”, Dominici Soto, *In Porphyrii Isagogen, Aristotelis Categorías, librosque de Demonstratione Absolutissima Commentaria*, Venetiis, 1587 (reimp. Minerva, Frankfurt 1967), 340, H. El sentido que en la frase mencionada tiene “probare” no es probablemente el de la demostración en sentido más estricto, pues un poco después parece entender que tal prueba es sólo persuasiva (340 I). “Metaphysica vero demonstrat quidem principia propria aliarum scientiarum, sed dignitates demonstrare non potest”, I. Zabarella Patavini, *Opera Logica*, Coloniae, 1597 (reimp. G. Olms, Hildesheim, 1966) 810bE; ver 781 aC.

<sup>71</sup> Dominici Soto, *In Porphyrii Isagogen*, 349B.

<sup>72</sup> I. Pacius a Beriga, *In Porphyrii Isagogen et Aristotelis Organum Commentarius Analyticus*, Francofurti, 1597, 297 y 280.

de la teoría aristotélica sobre el conocimiento de los principios. Puesto que en dicho texto dice Aristóteles que las ciencias nada tienen que decir sobre sus principios y que es necesario recurrir a la dialéctica para tratar de ellos, concluye que “los comienzos de la demostración no son competencia de la demostración, sino de la dialéctica”<sup>73</sup>. De otra parte, tanto Aubenque como Berti destacan hasta tal punto que la filosofía primera versa sobre los principios primeros que éstos parecen convertirse en objeto paradigmático de aquélla, de modo que extienden a toda la metafísica la manera en que se puede argumentar sobre los principios comunes. Y así, puesto que la filosofía primera no puede decir nada sobre los principios comunes a no ser dialécticamente, piensan que de hecho el método de la metafísica es dialéctico, y que por su esencia misma sólo alcanza el carácter de saber tentativo<sup>74</sup>.

A mi modo de ver estas interpretaciones son también parciales, por cuanto dialéctica y demostración, para la ciencia, y dialéctica e intuición, para los primeros principios, no se contraponen sino que se complementan, al menos en la muy matizada teoría aristotélica del saber. Veamos ambas cosas por separado.

## VI. CONCLUSIÓN.

Para lo primero, esto es, para la demostración, la dialéctica, en su vertiente gimnástica y escéptica no constituye más que un primer peldaño, que debe ser luego completado eligiendo, con buen sentido, lo verdadero y pasando luego a la demostración, en el caso de lo demostrable, lo cual supone según vimos unas fuentes de co-

<sup>73</sup> P. Aubenque, “La dialectique chez Aristote”, 23; E. Berti, “La dialettica in Aristotele”, 58-61.

<sup>74</sup> P. Aubenque, “La dialectique chez Aristote”, 28.

nocimiento que son ajenas a la dialéctica<sup>75</sup>. La dialéctica ofrece principalmente a la ciencia unas proposiciones dignas de crédito, para lo cual muestra sus consecuencias, inaceptables o sostenibles conforme a la opinión. Mas con ello no se alcanza sino el fortalecimiento de la plausibilidad de esas proposiciones. Para lograr un conocimiento científico de ellas, todavía hace falta deducirlas desde proposiciones necesarias y, en última instancia, de los principios propios, de modo que vengan a ser conocidas como necesarias, cosa imposible de lograr desde lo plausible.

Bajo este aspecto, la dialéctica resulta ser un método racional de encontrar las proposiciones que la ciencia luego demuestra cuando puede. Es ésta una concepción del descubrimiento mucho más real y sensata que las ideas de la invención como inspiración irracional del investigador o que la pretensión, siempre fallida, de hallar reglas mecánicas para el descubrimiento. ¿Dónde, si no en las creencias que hallamos a nuestro alrededor, encontraremos las proposiciones que podemos demostrar? ¿Qué procedimiento más natural y racional que compararlas, examinando sus consecuencias? No sin razón se destaca hoy esta doctrina de Aristóteles, aunque hayamos de evitar el error de reducir la demostración al proceso de descubrimiento de lo que ha de demostrarse.

A mi modo de ver es sin duda una laguna de las interpretaciones modernas de Aristóteles no haberse percatado de que la dialéctica es un instrumento imprescindible para la ciencia, de hecho y en teoría. Sin embargo, no es menos errónea, a nuestro juicio, la interpretación dada por los actuales partidarios de la dialéctica como método de la ciencia en Aristóteles, que reduce la demostración a juego dialéctico sin hallazgo definitivo. No creo que pueda demostrarse que en las obras científicas de Aristóteles no haya demostración alguna y menos aún que, a su modo de ver, no las hubiera. De unos cuantos ejemplos de razonamientos basados en opiniones, de algunas declaraciones de humildad acerca de sus logros y del reconocimiento de que en la ciencia se hace uso de la dialéctica, no se

---

<sup>75</sup> Ver C. A. Viano, "La dialettica in Aristotele", *Studi sulla Dialettica*, Taylor, Torino, 1969, 58.

sigue que el método de hecho usado por Aristóteles se reduzca a la argumentación dialéctica. Pero, incluso si todos los escritos dedicados a las ciencias particulares no tuvieran, a ojos de Aristóteles, más que el valor de haber resuelto las dificultades que presentan las opiniones encontradas, ello no implicaría que no pudiera darse lo que él llama demostración. En otras palabras (aunque no creo que tal sea el caso), Aristóteles habría sido perfectamente coherente si hubiera mantenido su teoría de la ciencia y reconocido, a la par, que su propio conocimiento no alcanza a tanto. El hecho de la imperfección de un saber no conlleva la imposibilidad de alcanzarlo.

Verdad es que la investigación científica está frecuentemente mezclada con el ejercicio dialéctico y no se pueden trazar fronteras claras, de modo que digamos “hasta aquí llega la dialéctica y ahora empieza la ciencia”. En las obras de Aristóteles, la demostración y la crítica de opiniones se entrelazan, no sólo de hecho, sino también en lo que él explícitamente reconoce.

Cabe, en efecto, que, sin darse cuenta (*λήσει*), se alcance la ciencia, habiendo partido de razonamientos dialécticos, pues basta con empezar a razonar desde principios propios de la ciencia:

“Por lo tanto, aquéllos [los lugares comunes] no harán a nadie más sabio en ningún género, puesto que no versan sobre ninguna materia determinada. Pero por lo que se refiere a éstos [las conclusiones propias], cuanto mejor escoja alguien las premisas, tanto más estarán construyendo, sin advertirlo, una ciencia distinta de la dialéctica y la retórica; pues si diesen casualmente con los principios, no tendrían ya dialéctica ni retórica, sino la ciencia de la cual tiene los principios”<sup>76</sup>.

Es más, Aristóteles presenta a veces los silogismos científicos y dialécticos como si difirieran entre sí sólo gradualmente. En efecto,

<sup>76</sup> Aristóteles, *Ret.*, I, 2, 1358a21. Evidentemente entiendo este texto de manera muy diferente a la interpretación acostumbrada, según la cual Aristóteles hablaría aquí de los lugares propios por oposición a los lugares comunes (véase, v. gr., W. A. de Pater, *Les Topiques d'Aristote et la dialectique platonicienne*, Études Thomistes, Editions St. Paul, Fribourg, 1965, 117 ss.).

si en la demostración hay, como vimos, diversidad en el rigor, también le sucede lo mismo al silogismo, género de la demostración, que engloba desde la más estricta prueba del matemático hasta el silogismo persuasivo del orador. Pues no sólo ha de acomodarse el método a cada materia en las ciencias, sino en cualquier tipo de conocimiento, desde el del geómetra al del carpintero<sup>77</sup>:

“no se ha de buscar el mismo rigor en todos los razonamientos [...] es propio del hombre instruido buscar la exactitud en cada materia en la medida en la que la admite la naturaleza del asunto: evidentemente sería tan absurdo aceptar que un matemático empleara la persuasión como exigir de un retórico demostraciones”<sup>78</sup>.

Pero, por mucho que el razonamiento dialéctico se mezcle con la demostración, se trata, como vimos, de dos modos de conocer esencialmente distintos, pues si aquella se apoya en las opiniones, ésta se funda en principios. Ahora bien, esta diferencia radical se desdibujaría si dichos principios sólo fueran una “convención razonable” obtenida también por confrontación de opiniones, como pretende Aubenque. Veamos, pues, el segundo punto, es decir, qué papel tiene la dialéctica en el conocimiento de los primeros principios.

Es, a mi juicio, de toda evidencia que Aristóteles no admite que haya demostración de los principios ni propios ni comunes, salvo en el caso particular de las ciencias subordinadas. Los principios comunes no admiten demostración, dado su carácter instrumental para cualquier razonamiento. Y los propios tampoco admiten demostración rigurosa por parte de la filosofía primera, pues, como vimos, ésta no es una ciencia universal donde los principios de las otras ciencias se vuelvan conclusiones.

---

<sup>77</sup> Ver Aristóteles, *Et. Nic.*, I, 7, 1098a25. Zanatta observa muy acertadamente cómo el uso del razonamiento dialéctico es tanto más útil para las ciencias cuanto menos simple es su objeto (M. Zanatta, 332).

<sup>78</sup> Aristóteles, *Et. Nic.*, I, 3, 1094b13-27; véase: I, 7, 1098a25.

Y, sin embargo, Aristóteles tampoco da pie para concluir que los principios sólo se conozcan gracias al método aporético de la dialéctica. El texto de *Tóp.*, I, 2 no tiene por qué interpretarse como lo hace Aubenque, el cual, del hecho de que la ciencia nada diga de sus principios y de que sí lo haga la dialéctica, concluye que tales principios se fundan en la autoridad. La ciencia es, como vimos, una cualidad del entendimiento, que si bien puede expresarse no consiste en su expresión. Por tanto, de la afirmación según la cual la ciencia nada dice acerca de los principios y si lo hace la dialéctica, no se sigue que ésta sea la ciencia de los principios.

En realidad, el párrafo citado sólo indica que no se puede decir nada desde los principios propios acerca de ellos mismos, lo cual significa que no pueden demostrarse. Lo único que de los principios de una ciencia puede decir el que posea la ciencia, en cuanto tal, es su enunciado, precisamente porque son principios de la ciencia y nada es en ella anterior. Lo cual en modo alguno implica que no haya ciencia de los principios, sino sólo que es una ciencia sobre la cual no cabe usar el modo de decir del científico, esto es, que de ella no hay demostración.

¿Qué quiere entonces decir que se puede tratar (*διελθεῖν*) dialécticamente acerca de los principios y que al examinarlos así se abre un camino para tales principios? No significa evidentemente que los razonamientos dialécticos demuestren o fundamenten los principios, pues nada se demuestra ni se sabe científicamente gracias a la dialéctica. Su papel es, sin embargo de gran valor, pues, de una parte permite esclarecer lo que no se puede demostrar, como se colige del texto siguiente, que habla del resultado que se puede obtener de la búsqueda del término medio para hacer silogismos demostrativos y dialécticos:

“Si, en efecto, ninguno de los atributos pertenecientes a las cosas no se ha omitido en nuestro estudio, seremos capaces, en todo lo que admite una prueba, de descubrir esta prueba y de-

mostrar y, para todo lo que no admite naturalmente prueba, [seremos capaces] de hacerlo claro (ποιεῖν φανερόν)”<sup>79</sup>.

Lo cual, en su contexto, significa que el hallazgo del término medio permite: 1) construir desde los principios demostraciones de lo demostrable y 2) hacer silogismos dialécticos desde lo plausible acerca de lo indemostrable, es decir acerca de los principios, de modo que se aclara su significado.

De otra parte, el modo en que la dialéctica «trata» de los principios consiste en hacer razonamientos «contra éste», es decir, en refutar a aquellos que hayan defendido lo opuesto a los primeros principios:

“Acerca de tales principios no hay demostración absoluta, pero sí contra éste (πρὸς τὸνδε); no es posible, en efecto, sacar esto mismo como conclusión de un principio más digno de crédito, lo cual sería preciso para que la demostración fuera absoluta”<sup>80</sup>.

Según todo esto, la certidumbre completa e insuperable de los primeros principio puede verse empañada, bien por no haber comprendido el sentido de tales principios, bien por la opinión contraria de los sabios. Y sólo contra tales obstáculos, que bien pueden ir juntos, la dialéctica tiene el cometido de aclarar y refutar, como ocurre con la doctrina de Heráclito, según reza este texto:

“No hay ninguna demostración absoluta de estos principios, pero sí una demostración contra el que afirma estas cosas. Y quizás incluso al propio Heráclito, interrogándole de este modo, se le habría obligado fácilmente a confesar que no es posible que las afirmaciones contradictorias sean verdaderas en relación a la misma cosa. En realidad adoptó semejante postura sin haber comprendido lo que él mismo decía”<sup>81</sup>.

Pero eliminar los obstáculos a partir de las opiniones ni constituye, ni excluye, la demostración de lo demostrable, así como tam-

<sup>79</sup> Aristóteles, *An. Pr.*, I, 30, 46a24.

<sup>80</sup> Aristóteles, *Met.*, XI, 5, 1062a2 y 31 ss.

<sup>81</sup> Aristóteles, *Met.*, XI, 5, 1062a31.

poco excluye, como Aristóteles defiende, que los principios sean conocidos por una capacidad más certera y segura que cualquier argumentación.

Brunschwig, hablando de Aubenque, le presentó una vez como si desde la altura de la filosofía moderna mirara a un Aristóteles convertido en ratón que se debate en el laberinto de los problemas filosóficos<sup>82</sup>. Pero yo creo que la historia ha mostrado cuán difícil es ver desde arriba al Estagirita, pues, por hacer uso de su hermosa expresión, la prudencia filosófica de Aristóteles, precisamente por apegarse a las cosas, rara vez se deja superar por la parcialidad de sus admiradores. Buen ejemplo de esta moderación filosófica es el que he tratado de presentar y que, en cierta manera, se reduce a las máximas según las cuales ni es razonable exigir de todos los razonamientos el mismo rigor, ni debe atenderse sólo a la demostración, sino también a la opinión de los experimentados.

José Miguel Gamba  
Departamento de Lógica y Filosofía del Lenguaje  
Universidad Complutense  
28040 Madrid España  
gamba@eucmax.sim.ucm.es



---

<sup>82</sup> J. Brunschwig, "Dialectique et ontologie chez Aristote", en *Études aristotéliennes: Métaphysique et Théologie*, Vrin, Paris 1980, 226.